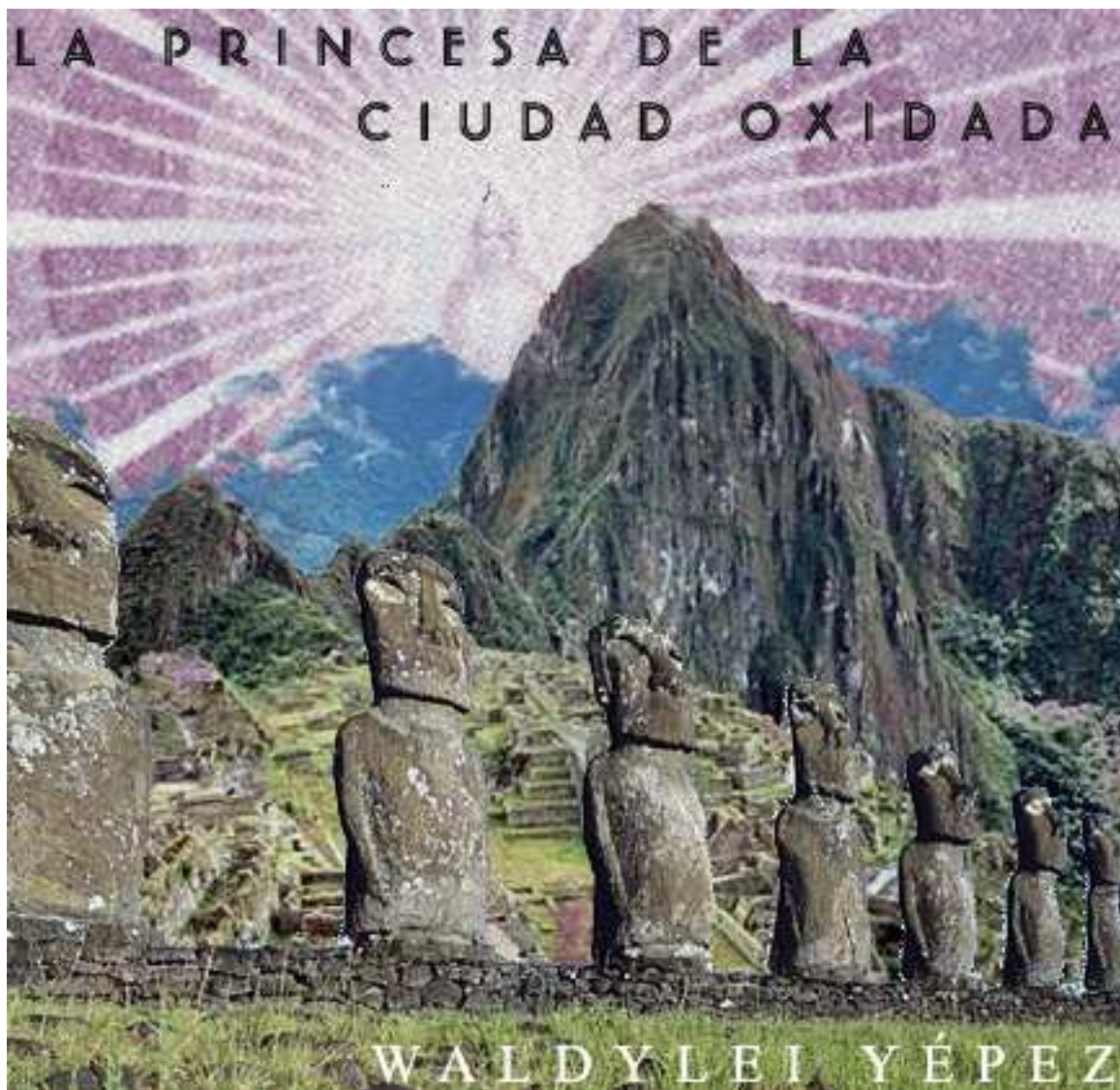


**EDA DkX**

*Editorial Digital Alternativa*



**Waldylei Yépez**  
*waldylei.yeppez@gmail.com*  
*http://darkisx.com*

*Por y Para*

*L.O.W.E.*

*y*

*Flia. Yépez Méndez*

### La Princesa de la Ciudad Oxidada

*En la vida algunos dicen estudiar el futuro, pero lo cierto es que nadie, absolutamente nadie, puede prever lo que sucederá el día de mañana. Sin embargo, sí podemos saber qué fue lo que paso ayer, a través de nuestros incontables estudios, análisis y evidencias. El pasado fue incierto para muchos, pero no hablamos del paso de una semana, sino del paso de cientos de años. Aquellas ruinas que adorna nuestro planeta llevan consigo innumerables historias, y es nuestro deber develar sus misterios. Ahora yo les pregunto, ¿Cuáles misterios? No hablamos de algo fantasioso, hablamos de las verdades puramente lógicas y humanas. Misterio es aquello de lo cual no tenemos comprensión, por eso muchos le dan este nombre, entonces será nuestro deber estudiar a fondo para comprender, y así mismo el misterio dejará de ser algo oculto y se convertirá en un aprendizaje, en una enseñanza y en un descubrimiento...*

Así proseguía la exposición del joven profesor Gabriel Montecristo en su presentación en el Auditorio de la Universidad Nacional Abierta.

Él era un hombre de porte, líder de su equipo de trabajo y muy exigente de disciplina y responsabilidad. Algunos decían a sus espaldas que era simplemente un amargado. Muy pocos lo conocían a fondo, y aunque le gustaba descubrir el pasado de las civilizaciones, su propio pasado serían un secreto jamás develado por sus compañeros y alumnos. Sabía exactamente hasta dónde darse a conocer.

Tenía dos buenos amigos y colegas que lo acompañaban en cada una de sus excursiones y viajes de exploración. Yolanda Molina y Santiago Solano eran quienes mejor le conocían entre todos los miembros de su grupo. Precisamente los tres estaban preparando un viaje de investigación a una ciudad a las afueras del país. Irían a descubrir secretos de una ciudad antiquísima, poco conocida y, supuestamente, poderosamente rica, aunque no se habían encontrado evidencias que respaldaran lo último.

Pocos días luego salieron a realizar su cometido. Aún no sabían cómo se llamaba esta ciudad, las evidencias eran reducidas y por ello mismo la Universidad estaba deseosa de enviar un equipo para investigar. Ya en el viaje, rumbo a su objetivo, se encontraron ellos mismos bromeando con el nombre que querían colocarle temporalmente.

- No sé. Me parece que "Ciudad olvidada" no le queda muy bien -. Decía Yolanda.

- No, mejor "Ciudad de Piedras" -. Proponía Santiago.

- No es una ciudad olvidada porque nosotros la estamos recordando, y ciudad de piedra me parece que no le queda mucho -. Replicaba Gabriel.

- Entonces, ¡propón algo para que dejemos de buscar nombres! -. Ya los chicos estaban fastidiados de aquel juego.

- "La Ciudad Oxidada" -. Susurró aquel.

- ¿Oxidada? Pero, ¿Por qué? -. Le preguntaban confundidos.

Entonces Gabriel se encogió de hombros.

- Porque sí, es temporal y de paso tiene algo de original. ¿Algo más? -. Y se sonrió.

Así quedaron de acuerdo.

Hicieron una breve parada en el poblado más cercano a aquellas ruinas. Aún faltaba camino por recorrer, así que aprovecharon de aumentar la reserva de combustible de la camioneta, ir al baño y comprar algunas cosas comestibles.

Gabriel se detuvo cerca de la puerta del restaurante y alcanzó a escuchar a una mujer que

pedía orientación al dueño.

- ¿Pero no habrá algún autobús que, por lo menos, me pueda dejar más cerca? -. Preguntaba aquella mujer.

- No señorita. Nadie va cerca de esas ruinas. Esos alrededores son monte y culebra, ¿Qué va hacer sola por ahí? -. Respondía aquel hombre.

- Soy investigadora independiente por eso necesito llegar -.

Gabriel sabía que las ruinas más cercanas, o de la zona, eran la misma donde ellos irían. De repente, un impulso y su caballerosidad lo llevaron a entrometerse en la conversación y ofrecer su ayuda.

- Buenas. Disculpen la osadía, estuve escuchándoles y me pareció entender que va hacia las ruinas -. Comenzó su plática.

En ése instante ella lo miró directamente a los ojos. Por un tercio de segundo sintió que algo se le movió por dentro, ésa mirada era fuerte y te hacía sentir que traspasaba todos los muros que pudieses construir. Era como si ella descubriera toda su vida en un segundo. Luego recuperó la firmeza que siempre mostraba, la rigidez de su personalidad y la buena voluntad para su alumnado. En cierta forma, veía aquella mujer como una de sus alumnas, pues decía que era una investigadora, y estaba dispuesto ayudarla.

- Sí señor. Voy a investigar sobre la gente que vivió hace cientos de años allí -.

- ¡Qué casualidad! Nosotros también. Somos investigadores de la Universidad Abierta. Mi nombre es Gabriel -. Y le extendió su mano.

- Mucho gusto. Yo soy Rebeca -. Respondiendo su gesto y sonriendo por su amabilidad.

- Vamos, le presentaré al resto del equipo -.

Salieron rumbo al auto que estaba estacionado en la gasolinera.

Al llegar encontraron a los otros discutiendo algunas teorías y viendo unos mapas.

- Chicos, les presento a Rebeca. Va acompañarnos hasta las ruinas -.

- ¡Hola! -. Le dijeron al unísono Santiago y Yolanda.

- Ella es Yolanda y él es Santiago. Son muy buenos amigos y colegas -. Terminó de decir Gabriel.

- ¿Ese es todo tu equipaje? -. Preguntó Yolanda.

- Sí. ¿Por qué? -. Respondió Rebeca algo extrañada.

Yolanda miró a los otros e intuyó que la chica no había estado anteriormente en el sitio.

- Quien te mando hacer la investigación debió decirte que allí hace muchísimo frío en la noche. También debió comentarte que necesitarás acampar porque no hay ningún poblado cercano, y no veo que traigas tienda alguna -. Yolanda estaba desconcertada por estos detalles importantes que no fueron tomados en cuenta.

Rebeca no dijo nada y se quedó mirando al grupo un poco apenada. Era cierto, apenas llevaba una mochila con las cosas más indispensables: cosas personales y unas cuantas mudas de ropa.

Otro impulso movió a Gabriel.

- No te preocupes. Traje otra chaqueta así que te prestaré la que cargo. Tengo mucha reserva y podré compartirla. Lo importante es que puedas hacer tu investigación -. Le decía mientras se quitaba la chaqueta y se la ofrecía.

Ella la tomó sin decir nada mientras le sonreía en señal de agradecimiento.

Era extraño, cuando hablaba con el dueño del restaurante parecía ser una mujer decidida, dominante y firme que podía encontrar solución a cualquier cosa, una de esas personas que pueden llevarse al mundo por delante. Pero ahora era totalmente lo contrario, se veía

desprotegida, frágil. Gabriel sentía que debía “protegerla”. Quizás su sentimiento paterno se había encendido, con seguridad no lo sabía, sin embargo siempre había sido un hombre bondadoso y le ayudaría tanto como pudiera.

Yolanda y Santiago ocuparon los puestos de atrás, por el camino seguían discutiendo teorías y más mapas. Era interesante verlos trabajar juntos, cuando unían ideas nada podía detenerlos. Toda la vida habían sido compañeros y cada uno daba lo mejor de sí para lograr un trabajo perfecto. Gabriel le gustaba aquel equipo. Los tres eran los mejores en su área.

Poco habló Rebeca en el recorrido. Gabriel era quien manejaba, sus ojos iban fijos en el camino. Comenzaron a subir unos cerros, la neblina se apoderaba del entorno. Los vidrios se empañaron. Luego pasaron otro par de cerros. Al descender el último de ellos, la vista mejoró. A lo lejos se podían ver algunas piedras y restos de lo que pudo haber sido una gran civilización. Fue entonces que Gabriel miró a Rebeca y ella sonreía mientras miraba por la ventana aquella maravilla a lo lejos.

Se detuvieron a una distancia prudencial.

- Aquí podremos acampar -. Decía Gabriel.

Al salir del auto todos se dispusieron a disfrutar del hermoso paisaje.

Por su parte, Rebeca disfrutaba del aire que rozaba sobre sus mejillas. De la gota de lluvia que se tragaba la tierra. De la discusión entre el silencio y los pocos ruidos. Del frío que hacía erizar su piel.

- Parece una niña -. Le susurró Santiago a Gabriel mientras miraban lo que ella hacía.

Pero éste no respondió al comentario. Simplemente comenzó a bajar del auto las cosas que necesitaba.

Más tarde prepararon café para combatir un poco el frío. Ya había caído la noche. Planearon ir temprano hasta las ruinas para comenzar con la investigación y tomar fotos. Se iban a quedar un par de días como máximo.

Mientras el grupo preparaba su plan de “ataque”, Rebeca se sentó cerca de un pequeño foco de luz y comenzó a escribir en un cuaderno. Era lo único que llevaba. Nada de mapas, cámaras fotográficas ni digitales. Ningún tipo de objeto computarizado ni teléfono móvil. A lo cual los chicos se sintieron muy desconcertados.

- ¿Qué clase de investigación podría hacer así? Miren sólo carga un cuaderno y un lápiz. Si no fuera porque cargamos nuestros mapas, estoy seguro que nunca podría haber llegado hasta aquí -. Decía Santiago.

- ¿Y es que acaso necesitas una Laptop para pasar de año en bachillerato? -. Le respondió Yolanda frunciendo el ceño.

Santiago no dijo más.

- Déjala en paz. No importa que no tenga tantos recursos, creo que es de admirar que haya llegado tan lejos como para que vengas a opacar sus esfuerzos así -.

- Yo sólo decía... No importa -.

Yolanda la había defendido porque sentía que aquella muchacha era muy inocente. Sin embargo, Santiago tenía razón en lo que decía. Se levantó de su asiento y fue hasta donde se encontraba Rebeca.

- ¿Puedo sentarme aquí? -. Le preguntó a la chica al llegar al sitio.

- ¡Por supuesto! -. Le respondió haciendo su cuaderno a un lado.

Se quedaron un instante mirando la noche y la magia de las estrellas.

- ¿Qué te trajo a hacer esta investigación? -. Preguntó Yolanda.

- Necesito constatar algo -.

- ¿Sí? ¿Y qué es eso? -.

- La sabiduría de esa gran civilización. Además, de una pregunta muy personal -.

Esa respuesta desconcertó aún más a Yolanda, entonces se dispuso a seguir preguntando pero en ese momento llegó Gabriel.

- Buenas. Es una maravillosa noche ¿verdad? -.

Ellas asintieron.

Yolanda se levantó diciéndoles que le iría hacer compañía a Santiago, y se marchó ocupando así Gabriel su asiento.

Se quedaron conversando entonces. Iniciaron con puras trivialidades hasta que él comenzó hablarle de su trabajo, pasatiempos y proyectos. Pocas veces Gabriel se había sentido escuchado, y esta era una de ellas. Ella tenía un no sé qué que le agradaba mucho. Adicionalmente, su sonrisa le gustaba. Cada vez que le veía alegre, él también se alegraba; y cuando veía que necesitaba algo, buscaba la forma de resolverlo. Sí, acababa de conocerla pero sentía que podía confiar en ella.

A la mañana siguiente se fueron hasta las ruinas.

Era un lindo día. El clima también era perfecto. Todos estaban muy entusiasmados de ponerse manos a la obra.

Se dio principio al trabajo sin muchas complicaciones. Para los tres compañeros, era como “pasarse el interruptor”. Trabajo era trabajo, y se necesitaba toda la atención. En eso gira su mundo temporalmente.

De repente, Gabriel buscó a Rebeca con la mirada y no la encontró en ninguna dirección.

- Yolanda, ¿Has visto a Rebeca? -.

- No, no la veo desde hace unos minutos - Le respondió.

- Ustedes sigan, yo la buscaré -.

Decidió ir adentro de la ciudad de piedra caída. Más adelante, encontró algo muy particular. Las rocas poseían un color muy semejante al óxido rojizo.

« ¡Qué interesante casualidad! Entonces no esta tan lejos de la realidad lo de “Ciudad Oxidada” ». Pensó.

- ¿Me buscabas? -. Preguntó una voz femenina.

Por supuesto, era Rebeca que le había salido al paso.

- Claro. Te alejaste del grupo. Un verdadero equipo trabaja junto y se mueve junto. Veo que tu curiosidad era mucha, tanta así que no pudiste esperarnos -. Había cierto tono de reproche en lo que Gabriel decía.

- Disculpa. Es que andaba entretenida en mi mundo -.

- Eso no es excusa. No puedes alejarte y entrar aquí porque sí y ya. Te necesitamos aquí y no metida en tu mundo -. Seguían los reproches.

- Pues tengo derecho de andar en mi mundo, tú también andas en el tuyo -.

- ¿A qué te refieres? -.

- ¿Acaso seguir los pasos de una investigación no es un mundo? Estar pendiente de que debo anotar esto y aquello. Sacarle veinte mil fotos a una piedra que lleva una inscripción. Este es un mundo incluso. Es sólo que tú tienes tu manera de mirar, y yo tengo la mía -. Le respondió entonces.

- ¿Qué clase de investigadora eres que no traes una cámara, un mapa, ni la menor intención de pasar a ver las inscripciones de piedra, o el color raro de estas rocas? -. Se le

endureció su mirada de repente.

Rebeca no dijo nada, pero aquella mirada la lastimó aunque no lo demostró.

En ése momento se les unió Yolanda y Santiago. Estaban interesados por las cosas que se encontraban allí. Al parecer aquello había sido una plaza, quizás un mercado. La sesión fotográfica seguía y seguía. Mientras tanto Rebeca tomó asiento y siguió escribiendo en su cuaderno. Gabriel continuó con su trabajo como lo había pautado.

A la mitad de la ciudad se toparon con lo que seguramente había sido la casa del emperador, rey o gobernante. Delante había un espacio algo extenso, con una roca cuadrada en el centro.

- Posiblemente, por la forma que tiene, sea el resto de un obelisco. Mi teoría es que esta era la plaza principal -. Comentaba Santiago.

- La ciudad no es tan grande, aunque si la comparásemos con pequeños asentamientos pudo haber sido una gran ciudad. Se comentó que habían sido poderosamente ricos. Sin embargo, no lo creo mucho puesto que no hemos encontrado evidencias de ésa riqueza, ni siquiera aquí en la casa del mandatario... suponiendo que lo sea -. Decía Yolanda.

- Hemos visto ya los estudios de se han hecho cerca y nada demuestra que pueda haber yacimientos de alguna cosa valiosa, eso refuta que pudiesen haber sido ricos -. Completaba Gabriel.

- Depende de con qué lo compares...-. Susurró Rebeca de repente. Entonces todas las miradas fueron dirigidas a ella.

- Explicáte -. La instó Gabriel.

- ¿Poderosamente ricos en qué? No se han hecho ésa pregunta. Ustedes suponen que era dinero porque la palabra “rico” se asocia al poder adquisitivo. Entonces buscan evidencias de diamantes, rubíes, plata, oro u otro -.

Los chicos se miraron unos a los otros.

Ella prosiguió.

- Y si fuese oro. ¿Qué posibilidades hay de que lo hayan escondido? No hablo de un tesoro y un mapa, sino que haya sido escondido para la vista humana. Que tal que ésa “riqueza” este frente a nuestros ojos, pero no nos osamos a verla -.

- ¿Qué estás queriendo decir? Que aquí hay... ¿magia? ¿Qué esto puede ser obra de dioses o personas con poderes fuera de lo común? ¡Por “dios”! -. Gabriel le dio una mirada de total desaprobación.

Yolanda y Santiago se miraron entre ellos.

- Pensé que estaba tratando con una investigadora seria, ¿Dónde esta tu lógica? ¿Tu razón? No nos hagas perder el tiempo quieres -. Y dio media vuelta para echar un vistazo al supuesto obelisco que habían encontrado.

El resto no dijo nada y se unió con Gabriel. Rebeca dio media vuelta y se fue más al oeste.

Paso media hora y Rebeca no volvía a la plaza. Ahora Yolanda era la preocupada.

- Debemos encontrar a Rebeca -. Les dijo.

- Yo la buscaré -. Respondió Gabriel.

- No, mejor yo la busco -. Replicó Yolanda.

Los chicos asintieron y ella comenzó su búsqueda.

La encontró a poca distancia, pero como estaba detrás de unas piedras nadie había notado su cercana presencia.

Rebeca yacía escribiendo, parecía muy entretenida. Yolanda regresó con los chicos y les dijo dónde estaba su compañera, también les comentó que le haría compañía un rato mientras se hacía la hora del almuerzo.

Llegó al sitio donde estaba Rebeca y se sentó cerca de ella.

Yolanda se sentía un poco identificada con la chica. Pensaba que Gabriel había sido muy brusco con ella.

- Tenías una teoría sobre los yacimientos de oro ¿no? -. Le preguntó.

- No tiene importancia -. Le sonrió amablemente.

Yolanda recordó las palabras que Rebeca había dicho la noche anterior.

« *La sabiduría de esa gran civilización* ».

- ¿Qué crees que haya pasado con esta gente? ¿Con lo que sabían? ¿Su sabiduría? -. Le preguntó entonces.

Eso captó la atención de la chica. Dejó su lápiz dentro del cuaderno y lo puso a un lado.

- ¿Alguna vez has sentido que ya sabes las respuestas a tus preguntas? -.

- No. Si hago las preguntas es porque desconozco su respuesta, no tiene sentido preguntar lo que sabemos -.

- Pero, sin embargo, lo hacemos. Preguntamos cosas que ya sabemos -.

- No te entiendo -.

- ¿Alguna vez has sentido que alguien gusta de ti? Hablo de que lo hayas sentido, no que él te lo haya dicho -.

- Pues... sí, a veces tengo la impresión de eso -.

- Pero aún así tu mente dice: “¿Será que le gusto?”. Y eso es porque no confías en lo que dice tu corazón. Desconfías de sus advertencias, y le preguntas a tu intelecto. Entonces tu intelecto te dice: “¡No hagas tonterías! Son invenciones tuyas, si le gustaras ya te lo hubiese dicho”. Ahora, ¿Cuántos de esos chicos se te han declarado? -.

- Jaja casi todos -.

- Exacto. Tú sabías que ellos gustaban de ti, pero necesitabas preguntar lo que ya sabías, “por si acaso” -.

- ¿A dónde quieres llegar? -. Le pregunta Yolanda.

- ¿Qué te dice este ambiente? ¿Estás piedras? ¿Qué te dice tu interior? -.

- Bueno esta es una civilización de aproximadamente...-.

- ¡No! Aquieta tu intelecto. Deja que hable tu Ser. ¿Qué sientes estando aquí? -.

Yolanda no estaba muy segura de lo que le pedía Rebeca. Pero trato de no pensar en cosas académicas. Tomó un poco de aire y lo soltó. Dejó que la brisa rozara su rostro.

- Bueno yo...-.

Y en ése momento apareció Santiago.

- Chicas disculpen si las molesto pero ya es hora de almorzar. Vamos -.

Ambas se levantaron y se pusieron en marcha. De alguna forma, Yolanda lamentó aquella interrupción. Sentía que Rebeca podría decirle algo importante, pero las circunstancias lo impedían.

Se sentaron juntos a comer debajo de un gran árbol que proveía buena sombra. El clima estaba fresco.

Rebeca disfrutaba de su comida. Los demás veían el ánimo que presentaba. Había algo sutil en ella, un algo que no podía pasar desapercibido para nadie. A Gabriel le gustaba verla así.

« Si siempre estuviera con ése ánimo, si fuera siempre así y en todo momento, yo podría decir que es perfecta ». Pensaba mientras en su cara aparecía una sonrisa.

Entonces Rebeca cambió su expresión, y viró su mirada bruscamente hacia las ruinas. Algo se había movido dentro de sí. Luego comenzó a subir lentamente sus ojos, era como si mirase el cielo por encima de aquella ciudad. Un aire fresco rozó su cara moviendo hacia atrás sus cabellos castaños. Los chicos miraron en ésa dirección pero no había nada que ver. Se extrañaron mucho.

- ¿Sucede algo? -. Le preguntó Yolanda entonces.

- No. Es sólo que recordé algo, es un cuento. La gente dice que...-. Tenía una expresión alegre en su cara al comenzar el relato, pero se detuvo al mirar a Gabriel. Su mirada la cohibió por completo. Bajo sus ojos y terminó por decir.

- No, no era nada importante -. Bebió un poco de jugo.

Todos se dieron cuenta que no iba decir nada por Gabriel, aquello fue muy obvio.

Como pudo Gabriel se levantó y les dijo que iría a buscar algo a la camioneta. Su intención era dejar a los otros escuchar el cuento sin problemas. Todos se habían dado cuenta de ello porque tomó todas las cosas y se fue, incluyendo su jugo y unas servilletas. Aquel gesto afectó al resto del grupo.

- Supongo que ahora podrás contar las cosas sin problemas -. Comentó Santiago.

- Nunca fue mi intención... yo... -. Rebeca trataba de disculparse.

- No te preocupes, él se fue porque quiso -. Replicó Yolanda y le lanzó una mirada de reprimenda a su compañero.

Volvió a mirar hacia las ruinas.

- ¿Qué querías decirnos? -. Preguntó Yolanda.

- ¿Qué pasa cuando tú recuerdas algo? -.

Los otros se miraron entre sí.

- Bueno, es como revivir los momentos. Eso es recordar -. Respondió Santiago.

- ¿Podrías decir que también es como “grabar” en tu memoria? -.

- Claro. Es traer al presente lo “grabado” anteriormente. Digamos un sentimiento o momento -.

- ¿Y qué sientes cuando tú recuerdas? -.

- Bueno, puede ser amor, felicidad, tristeza o ira. Eso depende del instante que “grabaste” -. Le tocó decir a Yolanda.

- Lo grabado pasaría a formar parte de ti, ¿cierto? -.

- Por supuesto. Mis recuerdos son únicos, como tus recuerdos son únicos. No hemos vivido las mismas cosas. Cada uno es diferente. Y siempre mantendremos con nosotros las experiencias, trayéndolas de nuevo como recuerdos -. Yolanda no sabía a dónde quería llegar Rebeca con todo eso.

- No son tangibles, pero existen en tu mundo mental -.

- Ok, ¿A dónde quieres llegar? -. Le decía Santiago.

- El mundo mental existe bajo una vibración diferente a la nuestra, digamos el mundo físico. No podemos verlo pero existe. Todo lo que pensamos son creaciones, por tanto ellas son “cosas” porque tienen vida. Nuestras experiencias pasadas también están grabadas en nosotros, y no es solamente las de está vida sino de las anteriores, todas las anteriores. Tenemos un cuerpo sutil que contiene todas estas cosas -.

« ¡Qué fantasía! ». Pensó Santiago.

- Ése sitio -. Y señala en dirección a las ruinas. - Posee su propio registro que no se ha

perdido con el paso del tiempo. Pero ése Registro vibra tan rápido que nuestros ojos no pueden verlo tan fácilmente. Por ejemplo, si ustedes miran las hélices de un avión cuando están quietas pueden verlas separadas, pero si miran cuando ellas están en movimiento no puede distinguir una de las otras, eso es porque vibran diferentes, una más alta que la otra. En este instante los Registros Etéricos están allí, por encima de ella porque, al igual que nuestro mundo mental, forma parte de sí -.

- Y, ¿Qué se supone que son estos Registros Etéricos? -. Preguntaba Santiago con total incredulidad.

- Es como nuestro mundo de pensamientos. No es tangible, pero guarda en sí todo lo que pasó ésa civilización, y supongo que si tuviésemos méritos algún día podríamos verlo -.

- ¿Méritos? Como creer en “Dios”, guardar el sábado, creer la historia de Adán y Eva... ¡Por favor! ¿Aún crees en ésos cuentos de niños? Para no decir lo que realmente son -. Concluía Santiago con prepotencia, más Yolanda no dijo nada.

- Todos nosotros somos ateos -. Contestó en un momento dado Yolanda con amabilidad.

- Lo sé. Pero pienso como diría una gran autora: *“Lo que no puedas aceptar, déjalo pasar pero sigue leyendo”*...-.

En ése momento reapareció Gabriel.

- Chicos, voy a tomar una siesta y creo que ustedes también deberían tomarla. Luego regresaremos a las ruinas y continuaremos con el trabajo -.

Los demás lo siguieron pero Rebeca les dijo que ella se quedaría escribiendo en su cuaderno.

Se encogieron de hombros y le dijeron que estaba bien. Cinco minutos después emprendió sola su camino hacia el centro de la “Ciudad Oxidada”.

Cuando se fue acercando pudo ver mucho mejor lo que le había parecido observar desde el campamento.

« ¡No puede ser! ». Pensó.

Sí, allí por encima de su cabeza, y a unos pocos metros, se hallaba una especie de fino manto, era un grabado perfecto de la ciudad que allí una vez se alzó.

« ¿Cómo es que puedo ver esto? ».

Entonces algo por dentro se le estremeció, y como si una voz le contestara desde el fondo de su Ser, escuchó.

*« Tus méritos. No los de esta vida, sino los de tus vidas pasadas. Tu Cuerpo Causal guarda muchas bendiciones para ti, son tuyas aunque aún no se hayan manifestado tangiblemente. Es tu Derecho de Conciencia tener lo que hoy posees ».*

Y comenzó a caer el manto lentamente.

Al llegar al piso todo aquello la envolvió. De repente, se sintió en medio de un mercado. La gente hablaba, los niños corrían y los mercaderes realizaban su trabajo. Muchos iban vestidos con preciosas túnicas, otros adornados de joyas valiosas. Era como si se hubiese trasladado a otro mundo. Un niño chocó con ella cuando corría tras su hermano. Rebeca sintió el impacto, aquello fue muy real. Entonces se sorprendió cada vez más.

« No tengas miedo ».

Le hizo caso a su instinto y aquietó su intelecto. Caminó entonces hasta la plaza principal. Había mucha gente reunida. Sobre un podio estaba la familia del Rey. Entonces fue cuando visualizó la escena.

« Ahora entiendo por qué nos hemos encontrado en este viaje, y en la mayoría de las

reencarnaciones ».

A cada lado del Rey yacían las vidas pasadas de Yolanda, Santiago, Gabriel y ella misma. Estaban festejando una ocasión memorable.

Pero así como apareció todo, también desapareció en ése instante. Las tiendas ya no estaban, las casa destrozadas, el obelisco casi inexistente, y la sonrisa de los niños se había ido. Volvía a estar sola en medio de la nada. En mundo de roca rojiza. Y fue cuando recordó aquellas palabras.

« *Te alejaste del grupo. Un verdadero equipo trabaja junto y se mueve junto... Te necesitamos aquí y no metida en tu mundo* ».

Se quedó un momento inmóvil.

« ¡La siesta! ».

Gabriel se despertó bastante descansado. Agarró un vaso de agua y bebió, el resto lo echo en su cara para lavarse. Se secó y fue a ver si el resto del grupo se había despertado ya. Cuando se encontraron reunidos, Gabriel miró en todas direcciones y Rebeca no estaba.

« ¡Era de esperarse! ¡Necesito paciencia! ». Decía para sí.

Entonces le preguntó al grupo resignadamente, por no dejar y con la convicción de saber qué le iban a responder.

- ¿Han visto a Rebeca? -.

Y antes de que alguno pudiese abrir la boca, se escuchó el grito de una voz femenina a algunos metros.

- ¡Equipo! Aquí estoy -. Saludaba a lo lejos con la mano.

Todos se voltearon y le vieron sentada sobre una roca, su inseparable cuaderno sobre las piernas y con una gran sonrisa.

« Yo pensé. ¡Ja! así que está vez sí hizo caso y no se fue por ahí sola. Creo que ya esta madurando un poco aunque sea ». Se decía Gabriel cuando correspondía el gesto de saludo.

Pronto salieron todos juntos de nuevo a las ruinas.

Avanzaron por las zonas que faltaban. Rebeca aprovechaba de relatar algunas cosas fantásticas.

- Chicos miren. Es posible que aquí, por ejemplo, hayan estado algunas tiendas. Que los niños corrieran de aquí para allá. Que aquí estuviese parado un mercader...-.

Ellos se reían de los relatos y las muecas que hacía Rebeca.

- ¿Niña de dónde sacas tanta imaginación? -. Preguntó Santiago riéndose.

- Pues, ¡Soy escritora! Debo serlo -. Mientras también se reía.

Sin embargo, esta frase alerto a Gabriel.

- ¿Qué dijiste? -. Le preguntó con seriedad.

Rebeca había captado lo que había sucedido.

- Soy escritora, a parte de ser investigadora independiente -. Le contestó.

- ¿Para qué Universidad trabajas? O ¿Dónde estudias? -. Era más un interrogatorio que un gesto de saber sobre ella.

Rebeca calló.

- No me digas que está es una aventura para escribir tu primer libro nada más -. Su mirada era firme. - ¿No pensaste que tus fantasías de un libro de “Mil y una noches en Arabia” pudiesen perturbar el trabajo serio de un equipo de profesionales? Aquí no hay genios, Registros Etéricos ni siquiera nada que pueda respaldar tus relatos, que de paso

cuentas como si tú misma lo hubieses visto -. La miraba con decepción.

- No fue mi intención interrumpirles el trabajo, y mucho menos había imaginado que pudiese encontrarme con ustedes. Pero pienso, estoy segura, que las casualidades no existen. Tú mismo le diste el nombre de “Oxidada” a esta ciudad, para luego darte cuenta que hay similitud. ¿Casualidad? No lo creo. Ustedes tres desde siempre han estado juntos, y precisamente juntos han salido de todos los inconvenientes queriéndose así mismos como hermanos. Además, creo que siempre han sentido una unión como si desde siempre se conocieran -.

- ¿Qué tiene que ver eso? -.

- No es casualidad que nos hayamos encontrado. Tampoco creo que sea extraño la confianza innata que nos tenemos, y la preocupación por el bienestar de todos. Esto viene de vidas, muchas vidas pasadas... -.

- ¡Por favor! Deja de creer en cosas fantásticas. ¡Entiende que Dios no existe! Ni nada de todo eso -. La prepotencia salió a flote en Gabriel que pretendía seguir hablando pero Yolanda lo calló.

- ¡Gabriel! -. Lo miraba con reprimenda. - ¡Basta! -.

Yolanda se había dado cuenta de lo lastimoso que había sido para Rebeca escuchar aquello. La vio hacer un gesto de dolor como si un puñal hubiese sido clavado en sí.

Gabriel tomó una vía que parecía haber sido una calle aledaña, Yolanda lo siguió. Santiago también quería hablar con Gabriel, pensaba que se había sobrepasado en sus críticas pero no quiso dejar sola a Rebeca.

- Oye, no le hagas caso. Él no es así en realidad. Pienso que quizás ha estado muy presionado últimamente. Olvida lo que dijo, tú tienes derecho a elegir qué creer y en qué creer, y si te sientes bien así no importa lo que diga o piense el resto de la gente -. Comentaba Santiago a Rebeca.

Ella lo miró con mucho cariño y le sonrió.

- Lo sé. Muchas gracias por tus palabras -.

- ¡Jaja! A veces me sorprendo de lo que puedo llegar a decir -. Santiago quería hacerla reír y lo logro.

- ¿Sabes? Dentro de cada uno hay una Inteligencia Universal Todo Conocedora. Cuando quieras saber si algo es cierto, sólo debes dejarla hablar y sabrás qué es lo correcto. Sabrás cuál es tu camino y sabrás cuál es tu verdad -.

Entonces se acercó hasta él y le dio un abrazo muy cariñoso. Y mientras lo abrazaba le dijo.

- Lo que tú sientes que te falta, siempre ha estado contigo pero no has dejado hablar más alto a tu corazón y te has decidido por lo que dice tu intelecto. Lo que tú sientes es posible, y lo verás realizado el día que tú enfoques la atención en ello -. Y le dio un beso en la mejilla. Tomó sus manos entre las de ella.

- Mi Corazón agradece tu protección, tu crítica y el cariño que tu Ser me profesas, y te digo con toda convicción y sin ningún tipo de duda, que yo también te quiero... hermano -.

Rebeca tenía el corazón inundado de alegría. Y Santiago sólo sentía que algo por dentro se le había movido, no había conocido a nadie que le hablara de esa forma, ni siquiera un familiar lo había hecho.

No dijo palabra alguna. Sólo se quedó inmerso en esos ojos que lo miraban y al mismo tiempo lo inmovilizaban.

Algunos metros más lejos yacían Yolanda y Gabriel discutiendo.

- ¿Qué te pasa Gabriel? Nunca te habías comportado en la forma que lo haces hoy. Tienes todo el día agarrado con ella. ¡Tú no eres así! -.

- ¡Es que vive en un mundo de fantasías! -.

- ¿Y eso a ti qué? -.

- ¡Yo no quiero que sea el centro de burlas! La lógica, la razón, los estudios han demostrado vez tras vez que esas cosas “maravillosas” no existen -.

- Tú eres uno de los que dicen que debemos respetar las creencias de los demás y aceptarlos tal cual son. ¡Tú me enseñaste eso! ¿Y ahora qué haces? Te ensañas contra una pobre muchacha, que dicho sea de paso, acabas de conocer. Y ayer, tú mismo me decías que tenía “algo” agradable y te parecía casi “perfecta” -.

- ¡Casi! -.

- ¡Sí! Casi. Sin embargo, hoy te has propuesto subrayar todas las cualidades como lo que tú consideras “defectos” -.

Gabriel miró a Yolanda con firmeza y se encontró con que la mirada de ella era mucho más firme. En cierta manera, había sido como una hermana toda su vida. Él valoraba mucho sus comentarios, y muchas veces entre ellos mismo se daban “jalones de oreja” cuando hacían algo que no estaba del todo bien.

- No puedo explicarlo. Me importa mucho -.

- Lo sé -. Entonces le colocó su mano sobre el hombro.

Se sentaron uno a lado del otro y se quedaron mirando hacia el horizonte.

- Hermano mío, es realmente lamentable que nosotros profeseamos una aceptación de los defectos y personalidades de los demás, y no podamos aceptar las diferencias que existen en nuestras personas más queridas. Le decimos a nuestro vecino: “Debes aceptar a tu hermano tal como es”, pero no podemos decirnos a nosotros mismo: “Aceptaré mi propio hermano como es”. ¿Por qué? Porque nos enfocamos en ser “perfectos” a nuestra manera y a nuestros propios ojos, pero resulta que lo que subjetivamente consideramos perfectos para nosotros no necesariamente lo será para mis hermanos, mis padres o mi pareja. Ellos quizás se consideren perfectos bajo su propia perspectiva, y a nosotros nos vean un montón de defectos. La “perfección” para ti es una cosa, y para mí es otra quizás totalmente diferente. Cuando dices: “Aceptaré a todo el mundo tal como es”, debes aplicarlo también a tu entorno más inmediato. Quien no acepta a su prójimo como es, es quien sufre más porque tratarás de cambiarlos a como de lugar, y nunca podrás hacerlo -.

Entonces Gabriel dio un suspiro.

- Ella no cambiará -.

- No, no lo hará. Además, nadie tiene derecho de cambiar a nadie. Ninguno de nosotros es un objeto que se puede manejar al antojo. Si de verdad ha nacido un sentimiento de aprecio, agrado o cualquier otra cosa en ti, debes dejarla Ser lo que Es -.

Gabriel miró a Yolanda con profundidad gratitud. Ella siempre lo ayudaba cuando era necesario, y lo guiaba cuando perdía el rumbo.

- Sinceramente, gracias -. Y la abrazó con mucho cariño.

Luego recordaron que debían concluir un trabajo, y se pusieron en marcha para tomar unos últimos apuntes y fotografías antes de que la noche cayera.

Ya había oscurecido para cuando los cuatro retornaron.

Gabriel no había cruzado palabras con Rebeca, se sentía apenado, y Rebeca tampoco

buscó entablar alguna conversación.

Hicieron una pequeña fogata y se sentaron alrededor para conversar y relatar algunas cosas. Por su parte, Gabriel se había ido al pie de un gran árbol cercano, quería estar solo y contemplar las estrellas. Adicionalmente, habían decidido que partirían luego del almuerzo en el siguiente día, así que les quedaba una mañana más para cubrir el resto de los sitios de aquella ciudad de piedra.

- Rebeca, que tal si nos cuentas otra historia de ésas que te gustan antes de irnos a dormir -. Propuso Santiago.

- ¡Buena idea! -. Exclamó Yolanda.

Aunque Gabriel estaba más lejos, había el suficiente silencio para escuchar lo que los demás decían.

Rebeca pensó un poco.

- ¡Ya sé sobre qué les hablaré! -. Decía con aire triunfal.

Los chicos estaban entusiasmados. Si bien no creían aquellos cuentos, les entretenía y los hacía volar en su imaginación. Es cierto que el intelecto es importante, pero también es cierto que debemos sacar a pasear al inocente que duerme en nuestro interior de vez en cuando.

- Hay algo muy importante que todos deberíamos saber. Aunque algunos tienen una idea más o menos sobre esto. Quiero hablarles de los Rayos Gemelos -.

- ¿De los qué? -. Preguntó Yolanda.

- ¡Shhhhh! -. La instó Santiago y ella le hizo un gesto de aceptación, no volvería a interrumpir.

- Se dice que cuando se forman las Individualizaciones, al saltar la Chispa Divina del Gran Sol Central, se forma un cuerpo de una sustancia que parece Fuego Blanco. De este cuerpo, se desprenden dos rayos que contienen un cuerpo electrónico cada uno. Estos proyectan sus propios atributos en la carne humana para formar la conciencia intelectual y sensorial del individuo. Esta porción de conciencia pasa por muchas encarnaciones, y cada rayo toma cuerpo centenares de veces hasta que aprende a tomar control completo de la energía. Lo de las Individualizaciones, es importante destacarlo, quiere decir que cada ser humano es el Creador Individualizado. Esto de los Rayos Gemelos, o el Complemento, es muy parecido a lo que llaman "Almas Gemelas". Las dos son Una. -.

- ¿Ah sí? ¿Y cómo hago para saber quién es mi Rayo? -. Preguntaba Santiago.

- El único que lo sabe es tu propio Ser, tu Presencia. Debes escucharla muy atento, quizás te lo ha estado diciendo y no te has dado cuenta -. Le sonreía.

- Dime algo. ¿Qué sucede cuando tu Rayo está casado y con hijos, o está comprometido en esta vida? -. Le preguntaba ahora Yolanda.

- Si alguno tiene obligaciones no puede dejarlas a un lado, eso causaría daño a otras personas. Debes ser responsable. Además, las cosas Divinas suceden bajo la gracia y de manera perfecta, en armonía para todo el mundo -.

- En cierta forma es un poco "injusto" -. Replicaba Yolanda.

- ¿Y si...? Supongamos que yo sé quién es mi Rayo Gemelo. ¿Le podría decir? -. De repente, Santiago se interesó por el tema.

- Bueno, si sabe la historia tendrá una idea de lo que le quieres decir, si no sabe la historia deberás comenzar por explicarle esto ¡Jaja! Sin embargo, y hablando en serio, no debes temer porque cuando un Rayo sabe quién es su Complemento, es porque el otro Rayo también se ha enterado, recuerden que son Uno -.

- ¡Esa respuesta me gustó! -.

Ellos conversaron otro poco más y luego se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, hicieron parejas para cubrir los terrenos que faltaban. Gabriel trabajó con Yolanda y Santiago con Rebeca. Todos estuvieron metidos en sus objetivos. A la hora del almuerzo se sentían muy satisfechos del trabajo.

Poco tiempo pasó cuando comenzaron a escuchar sonidos de motores. Y vieron bajando por la carretera de tierra unos rústicos. Posiblemente investigadores de la Universidad de Libertadores. No tardaron mucho en confirmar las sospechas.

Por ser el jefe del grupo Gabriel, diplomáticamente, fue hablar con ellos. Le explicaron que iban hacer una investigación y regresarían por la tarde del siguiente día.

Los dos equipos de investigación se unieron y compartieron algunas experiencias, en una de éstas Rebeca se dirigió al coordinador del grupo recién llegado.

- Tendrán poco tiempo para investigar si regresan tan rápido. Sin embargo, yo podría ayudarlos a encontrar los sitios más notorios. Puedo quedarme para ayudarles y regresar mañana por la tarde hasta la ciudad más cercana -.

A su grupo no les pareció mala la idea. Pero la expresión en el rostro de Gabriel era totalmente de desaprobación.

Los grupos se retiraron y Rebeca fue en busca de sus cosas.

- ¡Espera! Tú viniste con nosotros y te vas con nosotros -. Más que sugerencia, era una orden.

- Gabriel. Me siento muy agradecida por todo lo que han hecho por mí, mi gratitud es sincera. Pero ya me comprometí con éste grupo, voy ayudarles en lo que pueda -.

- ¿Cómo? ¿Contándoles historias que solamente tú crees? -. Allí hubo un silencio. Gabriel sabía que había metido la pata otra vez. Trato de disculparse entonces.

- No te preocupes. No haré nada que pueda avergonzarte. Ten un buen viaje -.

Resignadamente se fue a recoger las cosas y colocarlas en el auto.

Cuando estuvo todo listo se despidieron.

- ¡Rebeca! -. La llamó Gabriel.

- ¿Sí? -.

- De hoy en ocho, habrá una conferencia en el Auditorio de la Universidad Nacional Abierta en la capital. Siempre empiezan a las nueve de la mañana. Ojala puedas asistir -.

- Gracias por la invitación. No prometo ir pero espero ¡Sea todo un éxito! -.

- Adiós -.

- Hasta una próxima oportunidad -. Y se despidió con una sonrisa.

La lluvia dificultó la llegada de la camioneta al poblado más cercano. Estacionaron para echar gasolina y comprar alguna cosa.

Mientras esperaba a sus compañeros, Gabriel se recostó sobre la parte de atrás del auto. Miraba hacia el horizonte y la caída del sol. En eso se escuchó la voz de Yolanda.

- Ya casi anochece. Menos mal la parte más difícil del camino ya la hemos dejado atrás -. Todos asintieron.

Gabriel se disponía a entrar al auto cuando los colores de una chaqueta, guardada en la parte de atrás, llamaron su atención. Se extrañó y abrió para verla. Allí estaba la chaqueta y la tienda que le había prestado a Rebeca para su abrigo.

« ¡Se quedó a la intemperie! ¡Pero quién le dijo que las guardara aquí! ».

- ¿Sucede algo? -. Le preguntó Santiago.

Gabriel les explicó la situación y, por un momento, pretendió devolverse en vía hacia las ruinas. Yolanda le hizo desistir de la idea. El camino estaba difícil porque había llovido, y de paso le agarraría plena oscuridad en el camino.

- Me preocupa -. Le decía Gabriel a sus amigos.

- Estoy segura que no esta tan desprotegida como piensas, seguramente las personas del equipo que llegó le tendieron la mano -.

- También, debí hablar con ella -. Decía en tono de arrepentimiento.

- Aún puedes. Es cuestión de esperarla, estará aquí mañana por la tarde -.

Él asintió.

- ¡hmm! Mañana tengo una reunión muy importante a las dos -. Le decía Yolanda. - Vamos hacer algo, tú quédate esta noche aquí y yo me voy en autobús -.

- ¿Estás segura? -.

- Sí, mañana no puedo faltar -.

- Entonces yo me voy contigo -. Decía Santiago. - No puedo dejarte ir sola -.

Quedaron de acuerdo. Yolanda y Santiago partieron de la Terminal de Autobuses, rumbo a la capital, ésa misma noche. Mientras, Gabriel se hospedaba en el hotel cercano de aquella parada, frente al restaurante donde había encontrado a Rebeca.

Eran apenas las diez de la mañana cuando vio estacionados a los rústicos en la gasolinera. Gabriel se apresuró a buscar al jefe del grupo.

- ¡Hola! -. Le dijo al verlo.

- ¡Hola! ¿Aún por aquí? -.

- Sí. ¿Dónde esta Rebeca? -. Le preguntó.

- ¿Nuestra fantástica guía? Acaba de irse -.

- ¿Cómo? ¿A dónde? -.

- No lo sé. Tomó un taxi aquí mismo y dijo que iría a la Terminal, hace como quince minutos -.

- ¿Pero hace cuánto llegaron? -. Preguntó desconcertado.

- Ya tenemos aquí como media hora estacionados -.

« ¡Media hora y no me había dado cuenta! ».

Gabriel trató de coordinar cuál sería su siguiente paso. Él pensaba que llegarían más tarde y no había estado al pendiente durante la mañana. Se lamentaba.

- ¿Te puedo hacer una pregunta? -. Le dijo Gabriel a su homólogo.

- Claro. Dime -.

- Rebeca les contó cuentos o relatos... digamos, ¿mágicos? -. Gabriel no podía sacarse ésa pregunta de la cabeza.

Aquel lo miró desconcertadamente.

- No sé de qué me estás hablando, pero ésa chica es muy seria con su trabajo de investigación, laboró mucho para ayudarnos. Tanto así que logramos salir más temprano, y para bien porque a mitad de viaje se comenzó a desatar la lluvia, menos mal salimos antes sino hubiésemos tenido muchos retrasos por esos caminos -.

Entonces vinieron a su mente aquellas palabras.

« *No te preocupes. No haré nada que pueda avergonzarte* ».

Se despidió del grupo de investigadores y salió directo a la Terminal.

Llegó tan pronto como pudo, pero no había rastros de Rebeca. Tampoco tenía su número

telefónico. No sabía dónde estudiaba o trabajaba. No tenía manera de dar con ella nuevamente, por muy raro que parezca, como había llegado se había ido.

Gabriel se sentó un rato en el banco a pensar. Unos minutos después se puso en marcha hacia la capital.

Días posteriores se realizó la conferencia que había previsto Gabriel a Rebeca en la Universidad, pero ella no apareció.

Muchas cosas pasaron meses luego. Una de las más importantes, fue la unión en pareja de Yolanda y Santiago.

El día del matrimonio, los tres amigos habían hablado y recordado su visita a la vieja “Ciudad Oxidada”, que hoy por hoy llevaba otro nombre oficial. Sin embargo, para ellos el nombre que le habían puesto la identificaba más, y seguían llamándola así.

- Creo que ése viaje fue el principio de los cambios en nuestras vidas -. Comentaba Santiago.

- No puedo estar más de acuerdo -. Le respondió Yolanda dándole un beso a su esposo.

- ¡Yo nunca pensé que los vería casados! -. Gabriel se reía por las sorpresas de la vida.

- Ella nunca volvió, pero seguramente le hubiese gustado saber que ya encontré mi “Rayo Gemelo” -. Decía Santiago.

- Hay algo que nunca entendí -. Comentaba Gabriel.

- ¿Qué cosa? -.

- Yo siempre pensé que se había comportado con nosotros muy infantilmente porque la comparaba con la imagen de una investigadora “lógica”, o lo que yo consideraba debía ser una investigadora así. Sin embargo, cuando trabajó con el otro grupo no llegó a comentar nada de lo que nos dijo a nosotros. Para ellos fue, y sigue siendo, una investigadora seria, razonable y lógica. Con decirles que, posteriormente, ése grupo me llamó para que les facilitara su número y poder contactarla. Me desconcierta -.

Los chicos se encogieron de hombros. No sabían la respuesta a lo planteado.

- Sólo puedo decirte una cosa amigo mío, y no son mis palabras sino las de ella: “*Lo que tú sientes es posible, y lo verás realizado el día que tú enfoques la atención en ello*”. Cuando me decidí a escuchar lo que sentía realmente, comprendí que quería compartir mi vida con Yolanda y luchar por lo que hoy veo posible y realizado -. Le dijo Santiago.

- En mi caso, siempre me instó a que escuchará mi propio interior. Me dijo: “*Aquieta tu intelecto. Deja que hable tu Ser. ¿Qué sientes estando aquí?*”. Y eso hice, entonces sentí que había algo que debía escuchar. Hasta que lo oí -. Decía Yolanda.

- A mí nunca me dijo nada así -.

- Porque nunca estuviste... -.

- Dispuesto a escucharla -. Culminaba Santiago la frase de Yolanda.

El tiempo continuó pasando. Conferencias, reconocimientos y más viajes rodearon la vida de Gabriel.

Por su parte, Yolanda dejó de viajar tan frecuentemente luego del nacimiento de su hijo Marcos. Santiago también hizo lo mismo, ahora quería dedicarle tanto tiempo como fuese posible a su familia.

Parecía que sus vidas estaban normales. Pero de vez en cuando, Gabriel recordaba aquella chica y se lamentaba de no haber podido conocerla mejor.

Cierto día, Gabriel se encontraba en casa sin nada que hacer. Miraba pasar los canales de la televisión sin encontrar algo bueno. Decidió entonces apagar aquel aparato. Caminó alrededor de la sala, entonces advirtió que podía moverse hacia otro sitio y se dejó ir hasta la cocina, dio media vuelta y terminó llegando hasta el estudio. Se iba devolver sobre sus pasos cuando vio sobre su escritorio una fotografía que sobresalía de un viejo álbum. Se acercó y la terminó de sacar del montón de fotos que la rodeaban. Era una imagen de la “Ciudad Oxidada”. Se sentó y quitó lo que sobraba del escritorio dejando solamente aquella foto. Cruzó sus brazos frente a sí y apoyó su mentón sobre ellos, entonces se quedó contemplando aquella imagen. Parecía un niño mirando el paso lento de una mínima hormiga. No hacía nada, sólo estaba allí bajo aquella luz del bombillo. No había ruidos. No pensaba en proyectos, planes ni nada. Permanecía muy quieto.

*«Aquieta tu intelecto. Deja que hable tu Ser. ¿Qué sientes estando aquí?».*

*«El mundo mental existe bajo una vibración diferente a la nuestra... No podemos verlo pero existe. Todo lo que pensamos son creaciones, por tanto ellas son “cosas” porque tienen vida. Nuestras experiencias pasadas también están grabadas en nosotros... Tenemos un cuerpo sutil que contiene todas estas cosas».*

Y se dejó llevar hacia aquella noche. Cuando había creído que era una mujer perfecta, y disfrutaba de su alegría y su sonrisa. Se visualizó frente a ella, pero esta vez ella lo miraba solamente. Entonces movió su mano y la acercó a aquel rostro. Hubiese deseado hacerlo aquella noche. Comenzó a sentir que el palpar de ella y el de él eran uno solo. Sentía la piel de su mejilla. Aquello era tan real. Fue cuando lo dijo moviendo todo su Ser y esta vez sin ninguna duda.

- Permíteme volver a verte -. Y ella le sonrió.

¡Ring, ring! Sonaba el teléfono. Se despertó bruscamente, y se encontró con que se había quedado dormido sobre su escritorio. Eran las nueve de la mañana. Tomó la llamada y luego colgó. Se duchó, desayunó algo y se fue directo a la Universidad llevándose consigo unos libros que debía entregar en la biblioteca.

Como siempre el señor Pablo, el bibliotecario, tenía mucho trabajo. Lo saludó y dejó que atendiese primero a una alumna que venía a entregar unos libros. Miró cuánta gente había y se dispuso a ver unos folletos hasta que un pequeño libro le llamó la atención.

- ¿Sobre qué trata éste? -. Le preguntó Gabriel a la chica.

- ¿Este? Es un cuento tipo mágico. Es corto, pero tiene “algo” que me agrada -. Le contestó.

- ¿Y cómo se llama? -.

- “La Princesa de la Ciudad Oxidada” -.

Esto hizo que el corazón de Gabriel diera un brinco.

*«¿Ciudad Oxidada?».*

Entonces se dirigió a Pablo.

- Tomaré esto como una recomendación. Me llevaré el cuento en préstamo -.

- Profesor seguramente no le va gustar -. Replicó la chica.

- ¿Por qué? -.

- Porque habla de cosas mágicas. Es decir, todo lo contrario a lo que defiende su área y usted mismo -.

- Igual me lo llevo. Así sea para criticarlo luego -. Y se echó a reír.
- Bueno...-. Y la chica se encogió de hombros.

Ése mismo día, luego del almuerzo, Gabriel comenzó a leer aquel cuento. Era muy interesante, los detalles originales de la verdadera “Ciudad Oxidada” estaban muy bien expuestos.

« Sólo una persona que haya podido estar allí, y un buen tiempo, podría tener tal maestría en decir todo esto ». Pensó.

Busco el nombre del autor pero no tenía referencia de nadie. Sólo decía: “Editorial Luz”. Y por la manera como estaba hecho, tenía más aspecto de un libro “Made in Casa”. Sin embargo, los distintos dibujos, que simulaban fotografías, se veían que claramente los había hecho un profesional.

Había leído las primeras hojas cuando recordó un compromiso. Cerró el librito. Tomó sus cosas y salió en su camioneta de la Universidad.

Iba por la avenida sin pensar en nada. Paso la calle donde debía cruzar pero no se alarmó, cruzaría en la siguiente pero tampoco lo hizo. Sentía algo que lo impulsaba a ir a un sitio, pero no sabía con certeza dónde. A veces parecía que él no fuese quien manejaba. Su copiloto era aquel librito “oxidado”, de vez en cuando lo miraba mientras seguía aquel rumbo “incierto”.

Llegó hasta las afueras de la ciudad, estacionando frente a lo que sería una urbanización. Tomó el librito en sus manos y se bajó. Caminó hasta una casa cercana de dos pisos. En su lado lateral poseía una escalera que comunicaba con la parte de arriba. Subió por ellas y, de repente, se encontró con una puerta con un aviso de: “ADELANTE”. Entonces entró.

Aquello era una sala relativamente pequeña. Con estantes de libros bien acomodados. Un cartel en la parte superior decía: “Bienvenido a la Editorial Luz”.

Un hombre amable le salió al paso.

- ¡Bienvenido! Aún no llegan todos los invitados pero no tardaremos en empezar -. Le dijo.

« ¿Empezar? ».

- Disculpe. ¿Qué es lo que va empezar? -. Le preguntó Gabriel.

- El evento por supuesto -.

- ¡hmm! ¿Dé? -. Se encogió de hombros.

- La autora estará aquí para presentar un par de ejemplares de su libro -.

Le hizo una señal de que esperara que debía ir al salón de a lado.

Cinco minutos después tres personas entraron al sitio. Saludaron y pasaron al otro salón. Gabriel estaba confundido. En ése momento volvió a salir aquel hombre amable y le dijo.

- ¡Somos los que estamos y estamos los que somos! Ya ha llegado todo el mundo, traeré los bocadillos y las bebidas -.

- Pensé que era un “evento” pero sólo somos seis personas aquí -. Replicó Gabriel.

- No. Somos siete, o seremos siete cuando llegue la autora. Además, el número no le resta importancia a lo que representa esto. ¡No juzgue por la cantidad! -. Le dijo reprendiéndole.

Gabriel no dijo más.

Sacaron la “Cartelera de Honor”. Allí estaba el libro homenajeado.

« “La Princesa de la Ciudad Oxidada” ».

Dejaron a Gabriel frente a los ejemplares del libro, los únicos dos ejemplares a parte del que cargaba en sus manos. No decía el nombre de la autora por ningún lado, ni más detalles.

Fue allí cuando se preguntó así mismo en voz alta.

- ¿Quién es la autora de este libro? -.

- Soy Yo. Yo Soy -. Le respondió una voz femenina que le hizo erizar los vellos de los brazos, disparar su corazón y desvanecer sus pensamientos.

Se volteo lentamente y dirigió su mirada que tocó directamente aquellos ojos. Por un segundo, el mundo había desaparecido.

« *Permíteme volver a verte* ». Recordó.

- Aquí estoy -.

No tenía palabras.

- Dos años -. Susurró.

Ella asintió.

- ¡Bienvenida! -. Dijeron al unísono los otros invitados.

- ¡Estamos aquí para celebrar estos libros de nuestra nueva autora! Señorita Rebeca, pase por acá por favor -. Aquel hombre propuso un brindis. Se repartieron los bocadillos y quedaron entre risas.

Gabriel no le quitaba la mirada de encima a Rebeca.

De repente, una de las invitadas se llevó a Rebeca hacía el otro salón. Gabriel sintió que la volvería a perder y trato de seguirlas, pero el hombre del brindis se le interpuso.

- ¿Cómo la está pasando? -. Le preguntó.

- Bien -. Gabriel trataba de zafarse pero el hombre no lo dejaba.

- ¡Qué bueno! Permítame hacerle otra pregunta. ¿Cómo es que ha llegado ése ejemplar a sus manos? -.

« ¿El qué? ¡Ah! ».

- Lo saqué en préstamo de la biblioteca de la Universidad donde trabajo, debo devolverlo en dos días -. Le respondió.

Gabriel se impacientaba y aquel hombre lo notó.

- Tu impaciencia fue lo que hizo que la perdieras una vez. No cometas ése error de nuevo -. La expresión de su rostro era inmutable, su sonrisa no desaparecía.

Ésas palabras fueron como un “frenazo” para él. Pero aquel hombre tenía razón.

« *Aquíétate* ». Se dijo a sí mismo.

El hombre hizo un gesto de aprobación.

- Dígame Profesor, ¿Cree usted en las casualidades? -.

- Para serle sincero, he puesto en duda ésa creencia este día -.

- De los libros en el mundo, de todos aquellos que dicen la Verdad, el número de ejemplares es exactamente igual al número de personas que deben leerlos. Ése ejemplar que lleva usted en la mano, fue donado a su Universidad para que sea leído por once personas solamente. El resto no se dará cuenta que el libro está en esos estantes. Los dos ejemplares que ve aquí no se venderán, no porque no queramos, sino porque nadie deseará llevárselos no importa que los pongamos en la entrada. Estos libros serán donados a otros sitios a su momento -.

- ¿Entiende usted que no puedo creer lo que me esta diciendo verdad? Aceptarlo sería como negarme la base de lo que soy -. Contestaba Gabriel.

- A futuro, usted va a ser probado. Y sabrá Quién Es usted -. Le dio una palmada llena de afecto.

Gabriel no entendió muy bien lo que aquel hombre trato de decirle. Tampoco tenía mucha importancia en ése momento.

Después de aquello, el hombre le hablo puras trivialidades unos minutos.

Cuando Rebeca regresó, el hombre que acompañaba a Gabriel hizo una serie de señales a los otros invitados para que pasasen al otro salón. Dejándolos de esta manera solos y cómodos para hablar.

- Había deseado tanto éste momento. Y ahora que lo tengo no sé que decirte -. Confesaba Gabriel.

- Me pediste venir y aquí estoy -.

- Pensaba, y aún pienso en cierta forma, que nuestros mundos son tan diferentes -.

- Pues es muy cierto. Tú eres racional, lógico, científico, ateo, dominante, inflexible. Por mi parte, tengo algo de ilógica, irracional, espiritual, creyente, esotérica, mística. ¿Infantil? Digamos que somos dos Universos opuestos. Pero que al mismo tiempo se atraen -. Decía de una manera sonriente.

- Aún hay algo que no entiendo, por qué a nosotros en aquella excursión nos contaste todas ésas cosas, pero no lo hiciste con el otro grupo -.

- La respuesta es sencilla. A ti, a ustedes les mostré quién soy realmente, o por lo menos una de ésas facetas poco conocidas. En cambio, a aquel otro grupo sólo les di lo que esperaban ver.

Durante un instante se hizo silencio entre ellos.

Fue entonces cuando Gabriel habló con toda la determinación del mundo.

- Es posible que no pueda apoyarte abiertamente cuando hables de “tus cosas”. Que no crea en eso de los Rayos, Registros Etéricos y todo lo de más. Sin embargo, quiero aprender a aceptarte sin necesidad de querer cambiarte. No sé si la casualidad existe o no. Si debíamos encontrarnos o no, o si debía sacar en préstamo este libro, si debía comerme aquel bocadillo de la mesa o si es que esta “destinado” a otra persona. De verdad, no me importa. No quiero discutir contigo, no quiero saber si tú o yo tenemos la razón. Creo que podemos caminar de la mano sin necesidad de estar peleando por el origen del mundo, o lo que sabían o dejaron de saber las civilizaciones. No me importa si te encontré en otra vida o no. No me interesa saber si corregir los exámenes es o no mi karma. Lo que me importa es que te encontré en ésta vida, que es la que recuerdo, que es la que estoy viviendo y en dónde te he extrañado hasta más no poder, dónde me he preguntado si has pensado en mí, o si de verdad estarás bien. Dónde me he dicho que eres la mujer perfecta para mí con todas las diferencias que tenemos. Una vez te juzgué de una forma que no debía. Hoy sólo quiero aceptar lo que eres, esperando que tú también aceptes lo que soy, porque eso es todo lo que yo puedo darte: lo que soy -.

Entonces Gabriel se acercó a ella. Tocó con su mano aquel rostro. No había espacio ni tiempo. Nadie exterior existía. Así prosiguió.

- No sé cómo nació esto que ha sido tan grande que sobre pasa mi mundo. Tampoco entiendo cómo sea posible que tu mirada me afecte de está manera. No puedo imaginar como has derrumbado todos los muros que había construido dentro de mí. Y mucho menos sé cómo controlar mis pensamientos, porque cuando te siento de este modo se me detiene hasta

el aliento -.

- Podemos acompañarnos, lo sé. No en todo porque existen nuestras diferencias, pero podemos intentar ser flexibles y cada uno mantener su espacio. Aprenderemos del otro lo que sea necesario, y juntos podremos llegar a aceptarnos -. Respondía Rebeca.

Él asintió.

- Te Amo -.

- Yo también Te Amo, desde el primer instante que te vi y supe que me darías muchos problemas -. Comenzaron reírse.

- Esto debí haberlo hecho hace dos años, pero no importa porque nunca es tarde para hacer realidad lo visualizado, o lo soñado -.

Entonces se acercó y la besó apasionadamente.

Gabriel dejó caer el libro que llevaba en su mano y este se abrió en la última página donde podía leerse.

*“Aceptamos buscar un pasado que se pelea y se defiende para no ser olvidado. Aceptamos visualizar un futuro que defendemos porque creemos que será mejor, ya que estamos aquí queriendo estar allá. Pero no tomamos en cuenta el Ahora y el Aquí.*

*Nos visualizamos junto a la pareja perfecta que deseamos, pero no tomamos en cuenta la pareja perfecta que ése mismo alguien desea ver en nosotros.*

*Nos enfrascamos en creer teorías obsoletas por temor al cambio. Mientras otros defienden su propia verdad tildándola de universal porque no son capaces de adaptarse a la Nueva Era de la Libertad.*

*La gente desea ver sólo lo que ellos quieren ver.*

*La Verdad es tuya, sea cual sea. La pregunta es: ¿Serás capaz de osarte a verla?”.*

*La Princesa de la Ciudad Oxidada...*

*Despierta...*